

# NIETZSCHE: ASPECTOS DE LA RELACIÓN MUJER - VERDAD

**Resumen:** No sólo la sabiduría popular, sino también el pensamiento de Nietzsche vio en la mujer algo problemático. Tanto enaltecida como despreciada y latigada en sus textos, la mujer deja de existir como “mujer en-sí” para hacerse concepto filosófico fundamental, inseparable de los de “apariciencia” y “verdad”. Alrededor de éste puede presenciarse el drama de la metafísica y su acabamiento: la mujer es la Verdad del filósofo, pero también la verdad de que no hay Verdad, la apariciencia que quiere dejar de ser estatizada y reclama un nuevo pensador. –El que no encierra a la mujer, sino se une a ella para el acto inagotable del crear.

**Abstract:** Not only human wisdom, but also Nietzsches way of thinking considered woman to be something problematic. Admired as well as despised and verbally whipped in his texts women no longer exists as “woman herself”, but grows up into a thorough philosophical term not to be separated from appearance and truth. This concept shows the drama of metaphysics as well as its end: woman is the truth of the philosopher as well as the fact, that there is no truth at all but appearance which should not be tied anymore. Appearance requires a new thinker: the one, who will not lock up woman, but who will unite himself with her in order to create endlessly

Una primera ojeada rápida al corpus de textos de Nietzsche que hablen de modo explícito sobre la mujer, nos sume inevitablemente en la desagradable sensación de caos. Buscar una definición o una premisa básica parece una tarea imposible. Ello a causa de la multiplicidad de formas absolutamente diversas en que es presentada la mujer, las cuales, como un paisaje irregular, de entrada ubican al lector en una posición inestable. Sucede con la mujer lo mismo que con Sócrates: imposible precisar tajantemente si Nietzsche le aprecia o le desprecia, si halla en él enormes cualidades intelectuales y morales o, por el contrario, la encarnación de los más atroces defectos. Sólo puede afirmarse que, en la multitud de juicios sobre él, Sócrates es definitivamente un *problema*. Del mismo modo lo es la mujer: como todo problema, es susceptible de mirarse desde los más variados puntos de vista. Esto significa que la mujer, como cualquier cosa tocada por el pensamiento de Nietzsche, es múltiple, afirmación que a su vez no comporta sino una manera de decir que no es.

Para el feminismo, así como para la anatomía, la moral o la religión, la mujer es. Pero para una apropiación perspectivística, la presunta mujer en-sí inevitablemente se desvanece, pues la pregunta por la mujer implica el acto de devolver la pregunta especificada: ¿Qué mujer? Esta segunda pregunta tiene el sentido: ¿Cuál de todas?, donde *todas* no actúa como término totalizante, sino que enuncia una serie de relaciones indeterminada en su posibilidad de extensión. Pero, aunque en principio no habría un límite necesario en la posibilidad de las perspectivas, el corpus de textos sobre la mujer permite el ordenamiento de una demarcación, según la cual se dibujan series definidas que agrupan a la mujer de acuerdo con diferentes puntos de vista. En primera instancia, hallamos a la mujer como metáfora de ciertos conceptos: mujer-verdad, mujer-vida, mujer-sabiduría. Luego, se la halla en conexión con ciertas relaciones de que ella es capaz o incapaz: mujer-hombre, mujer-matrimonio, mujer-amistad.



**DIANA  
CARRIZOSA**  
Universidad  
Pontificia Bolivariana



<sup>1</sup> Se trataría de una embriaguez inconsciente, que se presume a sí misma como sobriedad, mientras que el que sabe que sus juicios sólo parten de un punto de vista, sabe también su propia ebriedad. La conciencia marca la diferencia. Cfr. CJ II § aforismo 57. también I § 54.

<sup>2</sup> Para todos los textos citados de Alianza Editorial la paginación corresponde a la edición que es anterior a la de las obras de Nietzsche publicadas por la Biblioteca del Autor de esta misma editorial.

También es posible enunciar la serie que la define desde una caracterización animal: mujer-gato, mujer-vaca, mujer-pájaro. Desde la óptica de la más alta de sus potencialidades, la creación, se dibuja una cuarta serie: mujer-amor, mujer-embarazo, mujer-sol, mujer-tierra, mujer-arte, mujer-felicidad. Si el punto de vista viene dado por los rostros que adopta en la historia, la serie será: mujer-Grecia, mujer-cristianismo, mujer-Europa, mujer-siglo XIX, mujer-feminismo. Y si lo que se quiere destacar es el hecho de que es el hombre quien la aprecia, resultará esta nueva serie: mujer-reposo, mujer-felicidad, mujer-eternidad, mujer-ideal.

Este primer ordenamiento es apenas tentativo, siempre susceptible de trastocamientos o modificaciones y, sobre todo, de establecer relaciones de diversa índole entre cada una de sus series. Pero si algo queda claro de la proliferación y posible enmarañamiento de las series es que se ha desalojado definitivamente la óptica de la “mujer en-sí” a favor de un panorama mucho más amplio<sup>1</sup>, en el que la mujer se hace móvil, múltiple y diversa. Lo que se diga sobre ella dependerá del particular punto de vista que se adopte. Con ello Nietzsche no está proponiendo una nueva posibilidad de apropiación del objeto al lado de aquella que lo asume en sí mismo, sino que está mostrando que, a la hora de referirse a algo, el ver perspectivista es la única opción, pues no existe un ver sin los ojos de quien ve. Siempre que se dice algo sobre algo es porque se lo puede apreciar de alguna manera, es decir, desde un punto de vista. Incluso quienes han creído hablar de la mujer en-sí, tan sólo lo han hecho desde la instauración de un punto de vista: el suyo. La diferencia es que no lo han reconocido como *su* punto de vista, al lado de otros, sino que lo han erigido como *el* verdadero. Con esta fijación a la vez se han privado de la posibilidad de adoptar otras ópticas. Más allá de esta postura, que debe reconocerse como estática y estatizante y que en otros contextos Nietzsche califica de “embriaguez”, al discurrir de Nietzsche subyace la honestidad de reconocer que hablará estrictamente desde donde puede hablar: desde *sus* propios puntos de vista. Y así anuncia que se referirá a la “mujer en sí”, con el cuidado de entrecomillar una expresión que no reconoce como suya, “suponiendo que se sepa de antemano [...] hasta qué punto son cabalmente nada más que —*mis* verdades” (MBM §231)<sup>2</sup>.

Este texto forma parte de un trabajo que inicia la exploración de la múltiple e irregular cartografía de la mujer en el pensamiento de Nietzsche. Únicamente se tomará la primera de las relaciones mencionadas: mujer-verdad. Un encadenamiento de tres eslabones, que intentará poner en resonancia diversos textos, conducirá el desarrollo: 1. La mujer es la verdad 2. La mujer es apariencia 3. La mujer odia la verdad.

### 1. LA MUJER ES LA VERDAD

En la historia de la filosofía que Nietzsche titula *Historia de un error*, se hace patente una transformación decisiva entre el primer y segundo momento: la idea transcrita en la tesis “yo, Platón, soy la verdad” deviene más sutil, capciosa, “*se convierte en mujer*” (CI p.51). Con ello Nietzsche declara la diferencia radical que hay entre Platón y el platonismo: entre el primer momento y la totalidad de los restantes, hasta el advenimiento de Zaratustra. La verdad, antes *vivida* por el filósofo, se hace mujer: algo lejano, bello, atractivo; algo a ser conquistado; algo que no habita el mundo del



filósofo y que éste se esfuerza en alcanzar. Es éste el inicio de la Odisea de la filosofía, de su destino como tragedia: como desfile de pretendientes a la verdad.

La mujer-verdad, en tanto lejana y anhelada, se corresponde con la verdad metafísica. Con ello no se está afirmando que la verdad sobre la mujer sea una verdad metafísica, sino que, en un momento de la historia de la filosofía, la verdad se convirtió *para el filósofo* en mujer: en una instancia metafísica como objeto de deseo. Esto no permite concluir nada sobre la mujer en-sí ni sobre la verdad en-sí, sino tan sólo sobre el proceder del filósofo, pues fue él quien hizo de la verdad, al convertirla para sí mismo en mujer, una verdad en-sí. Luego, olvidando que tal categoría brotó como fruto de su propio pensamiento, se erigió como tarea del filósofo esforzarse por alcanzar y descubrir la verdad, como si ella, efectivamente, residiese por sí misma en otro mundo.

Proyección del ideal del hombre a la que sobreviene el olvido —la inconciencia de sí misma como proyección—, la mujer-verdad cobra desde entonces este estatuto como si de suyo le perteneciera. “El varón ha creado a la mujer —¿pero de qué? De una costilla de su Dios, de su «ideal»...” (CI §13) La Virgen María, Beatriz para Dante, Laura para Petrarca, Dulcinea para Don Quijote, las infinitos nombres que alaban los poemas del amor cortés, el “eterno femenino” de Goethe: la mujer-verdad, la mujer-ideal, la mujer en-sí. Algo que el hombre quiere alcanzar por su perfección, que está por encima de toda mundanidad, a la vez lejano y arrobador. Para el filósofo, ella recibe el nombre de *la* verdad, ennoblecida durante mucho tiempo con la mayúscula inicial de su nombre: *la* Verdad.

Una ojeada sobre la persecución de este ideal en la historia de la filosofía parece revelar, a despecho de la fila de conquistadores con todas sus virtudes, que la mujer no se ha dejado conquistar. Pues, ¿cuál es en últimas *la* verdad que podemos extraer de su amoroso y bravío discurso? Sólo escuchamos, superpuestos, sus propios delirios, sus propias invenciones, sus propias creencias sobre lo que sea la verdad: nunca la verdad misma. No obstante, cada filósofo-conquistador, orgulloso según su estirpe, ha creído, frente a la serie que le precede, poder arrogarse el título de auténtico pretendiente. A esta disposición suya llama Nietzsche “dogmatismo”: “Suponiendo que la verdad sea una mujer—, ¿cómo?, ¿no está justificada la sospecha de que todos los filósofos, en la medida en que han sido dogmáticos, han entendido poco de mujeres?, ¿de que la estremecedora seriedad, la torpe insistencia con que hasta ahora han solido acercarse a la verdad eran medios inhábiles e ineptos para conquistar los favores precisamente de una mujer?” (MBM. Prólogo. p. 17).

Extraña situación: La verdad hecha mujer y el filósofo sin lograrla conquistar, pero siempre creyendo haberlo hecho. El fracaso es adjudicado a los medios: demasiada seriedad, demasiada insistencia. —¿Cómo? ¿Acaso no es la verdad algo serio, en lo que hay que insistir? Nietzsche parece decir que no. Más aún, subsume esta afirmación en una más escandalosa: la de que la verdad, si se piensa en ella al modo de los dogmáticos, como verdad preexistente, no *es* (ni algo serio, ni algo en lo que hay que insistir, ni nada en absoluto). El error de los dogmáticos sería justamente el de haberla inventado para presuponerla luego, el de haber creído —con toda la seriedad que implica esta creencia— que hay una verdad, residente en una especie de “cielo azul” y a la espera del pretendiente que la lograra *desvelar*. Triple error, que se retrovierte



<sup>3</sup> Cfr. Z I p. 106

<sup>4</sup> Incluso la sumisión, en este ser de la máscara y el disfraz no es sino una forma de su poder. Cfr. CJ, V §361 y MBM §239

<sup>5</sup> Son casos ejemplares de este impulso de desconfianza Descartes, con su duda metódica tras la incertidumbre en que dice haberlo sumido el despliegue de verdades contenido en la historia de la filosofía, y Kant, con su crítica tras la apreciación de que la metafísica ha sido “un mero tanteo”.

en el filósofo mismo como en un camino de ida y regreso: el filósofo inventa la verdad, le confiere una existencia aparte de la suya propia (primer error), luego olvida que la existencia de tal verdad es solamente su propia creación (segundo error) y, tras lanzarse en su búsqueda, vuelve efectivamente con una verdad entre sus manos, sólo que ésta no es la verdad etérea que él asume ser tal, sino una verdad de su propio cuño (tercer error). En el triunfal camino de regreso no ve Nietzsche un hallazgo, un descubrimiento, una objetiva contemplación de lo que reside en el cielo azul, sino una creación, una construcción aventurada del filósofo aventurero. Y como el honor para la mujer consiste en no ser nunca segunda<sup>3</sup>, esta verdad a posteriori se hará pasar, sin embargo, por a priori, por recién desvelada.

Para la mirada aguda no hay tal. La verdad a priori no es sino el revestimiento o *disfraz* de verdad a priori que adopta una verdad derivada. Resultado de la violencia del conquistador, que ha hecho de su verdad estrictamente lo que él desea de su mujer. Del matrimonio entre el conquistador y la verdad —que él crea—, resulta una nueva explicación de lo real, un nuevo orden del mundo, que pasa por ser *el* orden del mundo: “¡Mira, justo ahora se ha vuelto perfecto el mundo!” —así piensa toda mujer cuando obedece desde la plenitud del amor” (Z I p. 107). Este orden del mundo, al interior de la historia de la filosofía, ha adoptado diversas versiones, una tras otra o al lado de la otra, una rectificando, debatiendo o refutando a la otra. Esto significa que la mujer-verdad no es sólo sumisión sino también rebeldía<sup>4</sup>.

Cuando el pensamiento de un filósofo se rebela contra el de su rival, cuando su propio ideal quiere mostrar su supremacía sobre cualquier otro, un matrimonio flaquea y se instaura un nuevo maridaje. La mujer-verdad, entonces, abdica, reniega de su amo (cuántas no lo han hecho en la historia de la filosofía) para entregarse a otro. Se deshace de su viejo contenido para revestir uno nuevo: cambia de traje, cambia de apariencia. Este constante movimiento de insatisfacción que ha jalonado la historia de la filosofía genera en el filósofo amante un comprensible impulso de desconfianza contra la verdad, pues su rostro de mujer-ideal parece ser sólo la máscara que encubre el de una mujer-cualquiera, con todo el peso que contiene esta expresión: una mujer voluble, mudable, de fácil entrega al amante que sea<sup>5</sup>. Pero nada más injusto que recriminar a la mujer-verdad por sus veleidades, cuando la errancia de la filosofía no es responsabilidad suya sino cabalmente de quienes la han creado y continúan creándola. Entretanto, ella solamente es lo que se ha hecho de ella. Así demuestra saberlo el hombre que está más allá del dogmatismo, el hombre sabio: al ser conducido ante él un joven al que perdían las mujeres, sacude la cabeza y, sonriendo, exclama: “«todas las faltas de las mujeres deberían ser castigadas y corregidas en los hombres, —pues el hombre se forma una imagen de la mujer, y la mujer se forma de acuerdo con esta imagen»” (CJ II §68). Por su parte, la mujer también confirma su inocencia a la hora de propagar el movimiento de insatisfacción: “«Es verdad que yo he quebrantado el matrimonio, ¡pero antes el matrimonio me había quebrantado a mí!»” (Z III p. 291). En otras palabras, “Es verdad que yo he destituido una verdad, pero para hacerlo, antes se ha hecho de mí otra verdad que la reemplace.”

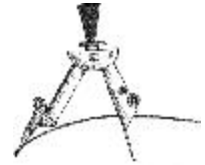
## 2. LA MUJER ES APARIENCIA

La mujer-verdad sólo es tal como creación. ¿Por qué entonces Nietzsche, tras equiparar la verdad y la mujer, juzga a los dogmáticos como desconocedores de los misterios de la mujer? Se pensaría justamente lo contrario: los dogmáticos aman la mujer-verdad y su relación con ella ha sido completamente exitosa. Una y otra vez han logrado crear el objeto de su amor. ¿En qué reside realmente su ignorancia? ¿Por qué critica Nietzsche sus medios para ganar los favores de la mujer-verdad, si pareciera, por el contrario, que éstos han cumplido cabalmente su cometido?

Estas preguntas abren un segundo nivel de la relación mujer-verdad, que debe empezar a aclararse con la crítica a los “medios inhábiles e ineptos para conquistar los favores precisamente de una mujer.” Demasiada insistencia, una suerte de acoso, dice Nietzsche. Por su parte, la mujer misma ha dicho ser quebrantada por el matrimonio. Completa su afirmación con aquella en la que reconoce sufrir, cuando se busca en ella la verdad, un particular atentado. Efectivamente, entre mujeres se oye la conversación: “¿La verdad? ¡Oh, usted no conoce la verdad! ¿No es ella un atentado a todos nuestros *pudeurs?*»” (CI p. 31) Buscar la verdad en la mujer es atentar contra su pudor: “Para todas las mujeres auténticas la ciencia va contra el pudor. Les parece como si de ese modo se quisiera mirarlas bajo la piel, —¡peor aún!, bajo sus vestidos y adornos” (MBM §127). ¿Qué es lo que oculta la mujer bajo sus adornos y vestidos? ¿De dónde el exceso de su decoro? ¿Cuál es su misterio? Que la mujer se resista al desnudamiento parecería algo extraño en su naturaleza sensual. Pero es que la mujer no se resiste a la desnudez, sino al acto que la quiere violentar con una pretendida *desnudez absoluta*. Su resistencia, su pudor, no vienen de que tenga algo que ocultar, sino cabalmente del hecho contrario. Acá Nietzsche habla de la verdad como “una mujer que tiene sus razones para no dejar ver sus razones” (CJ. Prólogo, p. 6). —Temor, no de que se la descubra, sino de que se descubra que no hay nada que descubrir.

No hay nada oculto más allá, ni por detrás, ni bajo sus adornos y vestidos. La mujer es cabalmente eso: adorno y vestido, superficie, epidermis. Ninguna imagen más afortunada para nombrar la *apariencia*: trajes, prendas mágicas que realzan cualidades o que ocultan defectos, adornos, maquillajes, peinados, el célebre lunar que poblara los rostros femeninos del siglo XVIII, dietas... La mujer misma sabe que en este juego de la apariencia reside todo su poder: “un poco más gruesas, un poco más delgadas, ¡oh, cuánto destino depende de tan poca cosa!” (Z III p. 271) Y no sólo lo sabe, sino que lo afirma corporalmente con alegría y fuerza: “El sentirse contento protege incluso del resfriado. ¿Se ha resfriado alguna vez una mujer que se supiese bien vestida? —supongo el caso de que apenas estuviera vestida.” (CI p. 33).

*Disfraz, máscara, velo* son términos que proponen un enigma, pero éste sólo se resuelve como *epidermis*. Bajo el enigma de la mujer no hay nada, bajo su belleza no reside misterio alguno. El carácter plenamente epidérmico de la mujer se corresponde con su belleza. En este punto la voz de Nietzsche deja resonar la estética kantiana, con su distinción entre lo sublime y lo bello, lo masculino y lo femenino. De sus escritos preliminares las siguientes afirmaciones recogidas: “Lo sublime *conmueve*, lo bello *encanta*. Lo sublime ha de ser siempre grande; lo bello puede ser también pequeño. Lo sublime ha de ser sencillo; lo bello puede estar engalanado. La inteligencia es sublime; el ingenio,





<sup>6</sup> Cfr. HDH parte VII: La mujer y el niño, §405-*Máscaras*, KSA, Vol. 2 p. 270

<sup>7</sup> Cita del **Diario de los Goncourt** referida por Andrés Sánchez Pascual en la nota 28 de CI, que comenta precisamente el §27 de ese mismo texto: “Se considera profunda a la mujer —¿por qué?, porque en ella jamás se llega al fondo. La mujer no es ni siquiera superficial”

<sup>8</sup> El ideal de mujer forjado por el hombre.

<sup>9</sup> Cfr. CJ V §361.

bello; la audacia es grande y sublime; la astucia es pequeña, pero bella. Las cualidades sublimes infunden respeto; las bellas, amor.” (Kant, capítulos I Y II, p. 14 y 18) Encantadora, engalanada, astuta, ingeniosa, amorosa, *la belleza es femenina*. Le pertenece plenamente el reino de la *apariencia*, hasta el punto de que sólo como apariencia le es dado alcanzar lo sublime: “El traje negro y el mutismo visten de inteligencia a cualquier mujer” (MBM §237). Con frecuencia, hombres apasionados y rechazados por una mujer, dolientes, incriminan su carácter superficial llamándola “desalmada”: la mujer como una *máscara* de la que buscan su interior sin hallarlo nunca, con el efecto de despertar aún más ardientemente su deseo<sup>6</sup>. Más perspicaz se muestra Gavarni, quien, preguntado si ha logrado entender a las mujeres, sabe responder: “Una mujer es algo impenetrable, no porque sea profunda, sino porque es superficial”<sup>7</sup>. Es un error creerla profunda por nunca llegar a su fondo, cuando la razón para ello es que, en su carácter plenamente superficial, carece precisamente de fondo.

Cuando se ve a la mujer detentando alguna profundidad, no queda más que afirmar que ésta no le es propia. Lo cual significa que cada vez que la mujer exhibe alguna virtud, no es a causa de que desoculte por fin su contenido, sino de que este contenido le es donado por otro. En medio del tumultuoso mar, inerme, cualquier hombre desea el navegar reposado del velero que contempla en la lejanía, tal y como el “hombre rodeado de *su* estrépito, en medio de su oleaje de ensayos y proyectos, acaso también vea pasar a silenciosos seres mágicos cuya dicha y retiro anhela —*son las mujeres*” (CJ II §60). Le parecen estar en otro mundo, ajeno al incesante movimiento, más allá de toda la agitación de la existencia: la felicidad apetecida como quietud y lejanía. Inmerso en el fragor de la batalla, el hombre ve en las mujeres la inestimable virtud de una instancia perfecta para el reposo del guerrero. Pero, ¿qué pasa a bordo del velero?, ¿qué pasa si, llevado por la seducción de su propia proyección, el hombre quebranta el pudor de la mujer?, ¿qué pasa *si la aborda*?

En la cercanía de la mujer, dentro del regazo de la seguridad, su ideal<sup>8</sup> se deshace irremediabilmente: penetrada la plácida calma del velero, el hombre se hallará en medio de un espantoso ruido. De esto puede rendir testimonio cualquier amante que, tras convivir con la que fuera la mujer de sus sueños, se lamenta de que ella “ya no es la misma”. Precisamente como antídoto contra este desengaño, el hombre enamorado se siente instado al odio a la naturaleza, pues ésta le enseña, bajo su mujer-ideal, “las repugnantes funciones naturales a que está sujeta toda mujer” (CJ II §59). Amante de *su* mujer, prefiere entonces seguir soñándola, proyectándola, imaginándola, como un diestro “disimulador de la naturaleza”: como artista, como fingidor, como mentiroso. El hombre que es conciente de que “El hechizo y el efecto más poderoso es a distancia” (CJ II §60), sabe que precisamente el imperativo básico reza: —¡Hay que mantener la distancia! En virtud de ésta, le es dado asemejarse al médico que, al hipnotizar a una mujer, termina hipnotizado por ella<sup>9</sup>. Pero si quebranta el imperativo, será tan sólo un médico vulgar: de esos que, inspeccionando y escudriñando, pagan por su indiscreción el precio de ver sustituida su imagen ideal por las más vulgares verdades.

Queda el escrúpulo de una objeción: Si es cierto que “Superficie es el ánimo de la mujer, una móvil piel tempestuosa sobre aguas no profundas” (Z I p. 107), ¿por qué se habla de lo que hay bajo su piel? ¿No contradice esto la tesis según la cual la mujer

es apariencia? La tesis se mantiene en la medida en que bajo la piel de la mujer no se halla una presunta esencia suya, sino más apariencia: la naturaleza, su movimiento, su actuar. Se debería hablar entonces, con mayor propiedad, de un espesor de la apariencia. Característica que no pertenece a la mujer en sentido estricto, sino a la mujer como metáfora de la existencia entera. Efectivamente, las mujeres más experimentadas, de mayor edad, “creen en la superficialidad de la existencia como si fuera su esencia, y toda virtud y profundidad no es para ellas sino mera envoltura de esta verdad, la muy deseable envoltura de un *pudendum*” (CJ II §64). En este punto deben empezar a hacerse varias aclaraciones.

La manera que tiene la mujer de apreciar la existencia se da por analogía consigo misma: conociéndose (se habla a propósito de mujeres de edad, que han tenido tiempo suficiente para mirarse), la mujer conoce la existencia entera. De ella predica, “como si fuera su esencia”, la pura superficialidad. No se trata de que la existencia tenga de hecho una esencia: pues al decir que su esencia es ser superficie, se está trastocando de raíz el concepto de esencia (además del “como si” que le roba todo matiz categórico). Ésta aparece ahora integrada a la apariencia. Lo que las mujeres viejas afirman se puede traducir: —dado que la realidad es mujer, si hemos de seguir hablando de esencia, debemos matizar el término, arrancarlo de sus viejos privilegios de identidad, inmutabilidad y eternidad para asumirlo como propiedad cambiante de la realidad<sup>10</sup>. Si alguna esencia se quiere atribuir a ésta, sólo puede ser la de ser mujer. Esto es: la de ser algo que no tiene esencia y se modifica constantemente como sola apariencia. La verdad de la realidad se enuncia entonces: “no hay verdad de la realidad”, “no hay esencia de la realidad”, “la realidad es únicamente apariencia”.

Por su parte, la realidad oculta pudorosamente esta verdad. Ya lo intuían perspicazmente los pensadores preplatónicos: “la apariencia es engañosa”. No porque oculte la presunta esencia, como nos hemos acostumbrado a interpretar, sino precisamente por llevarnos a creer en ella<sup>11</sup>. Su engaño resulta doble: el de que bajo su movilidad oculta algo, el de que lo ocultado es cabalmente de otra índole: no superficial sino profundo, no cambiante sino permanente, no falaz sino fidedigno. Según ello, una línea vertical que atravesara la apariencia hasta llegar a su fondo se encontraría felizmente con la esencia: es la profundidad en sentido metafísico. Lo que Nietzsche alaba en los griegos (y cabe anotar acá que ya Parménides, debido a sus abstracciones, le parece poco griego) es su otra profundidad, la que sólo se mueve en plano horizontal, la de la superficialidad. “¡Ellos sabían *vivir*! para lo cual hace falta quedarse valientemente en la superficie, en el repliegue, en la epidermis, adorar la apariencia, creer en las formas, los sonidos, las palabras, en todo el Olimpo de la apariencia” (CJ. Prólogo, 4 p. 6). La profundidad de los griegos reside en la honestidad de su mirada, que prescinde de la profundidad en el sentido de la esencia. Pero no sólo son profundos por su comprensión, sino en primer lugar por aquello que les permite tenerla. Es lo que Nietzsche llama “saber vivir”, una profundidad en el sentido de las fuerzas de la existencia, la temeridad de asumir que bajo la máscara sólo hay otra, el valor de habitar el mundo tal y como éste se presenta, sin atribuirle algo firme a lo que aferrarse: la afirmación de la apariencia hasta su divinización. La consecuencia con que el pensamiento sigue a la vida, la manera como la comprensión se aúna a la percepción: en esto reside la superficialidad de los griegos, su auténtica profundidad.



<sup>10</sup> Esto no debe leerse como si una realidad subyacente tuviese propiedades cambiantes, sino en el sentido: “propiedad cambiante de la realidad que es la propia realidad” o, de manera más sencilla, “propiedad cambiante que es la realidad”. De lo cual se deduce que la realidad, más que *ser*, actúa: su ser es ser-actuante.

<sup>11</sup> “La apariencia es engañosa” tiene dos sentidos, o, mejor, un solo sentido que posibilita el segundo. Al modo preplatónico, significa que la apariencia hace creer que oculta una esencia. Al modo metafísico, significa que la apariencia oculta efectivamente la esencia. El primer sentido es así sólo la enunciación, o advertencia, de lo que se verifica en el segundo.



<sup>12</sup> Cfr. Z I p. 107: *De las mujeres viejas y jóvenes*. La mujer vieja regala a Zaratustra esta verdad: "¿vas con mujeres? ¡no olvides el látigo!"

La mujer-verdad de los griegos, como verdad de que no hay verdad, ¿no disuelve la otra mujer-verdad, aquella de los dogmáticos? Los términos deben precisarse: por un lado se tiene a la mujer-verdad como mujer-verdad de que no hay verdad o mujer-apariencia; por el otro, desde el punto de vista de los dogmáticos, se tiene a la segunda mujer-verdad, como mujer-verdad metafísica, mujer-esencia o mujer-Verdad. ¿Qué pasa con esta última cuando se lanza la verdad de que la existencia entera es apariencia? La mujer-Verdad, a despecho suyo (o, con mayor precisión, a despecho de quienes la crearon), queda subsumida en este nuevo "orden". Pues si la mujer es apariencia, la mujer-Verdad también lo es. No por una simple sustitución de términos, sino porque la verdad que contiene la mujer-Verdad no es en modo alguno la verdad de la realidad (verdad que no existe) sino una creación y, con ello, una imagen más dentro del juego total de la apariencia. Tan sólo que esta imagen, a instancias de los dogmáticos, ha pretendido (falazmente, pero durante mucho tiempo con éxito en su engaño) estar más allá de este juego. Así como los poetas inventaron la mujer en-sí, como un arquetipo de mujer eterna que querían elevada por encima del cambiante reino de las mujeres, así los filósofos inventaron la verdad en-sí, como un contenido que juzgara el fondo del mundo más allá del visible reino de la apariencia. Los filósofos entonces, como los poetas, mienten demasiado. En el destino de la filosofía la serie de pretendientes se traduce como serie de artistas.

¿De dónde su impulso de fingimiento? ¿Cuál es el móvil de su necesidad de mentir? Acude de nuevo la imagen del velero, la necesidad de reposo y calma cuando se está sumergido en el inestable mundo de lo que no cesa de cambiar. Las mujeres que han sido tratadas por los hombres como pájaros, aleteantes e inasibles, algo libre que se quiere hacer doméstico, "algo que hay que encarcelar para que no se escape volando" (MBM §237), permiten comprender que también el filósofo prefiera *su* mujer, su ideal, a la mujer que lo envuelve como irracional apariencia. Su gran falsificación consiste en no quererla *junto con*, o mejor, *dentro de* aquella que lo envuelve, para profesarle en cambio un amor cual si ella fuese la única: la verdadera. Con ello el filósofo dogmático ejerce violencia sobre la mujer-apariencia. Sin que ella albergue verdad alguna, la obliga a hacerlo: hace rendir cuentas a la apariencia de una presunta esencia, que, como ella no tiene, él le introduce entonces desde afuera. El dogmatismo es un matrimonio a la fuerza. La escandalosa sentencia sobre el látigo (que además no es de Zaratustra, ni de Nietzsche, sino de una mujer vieja, conocedora de los "misterios" de la mujer)<sup>12</sup> sólo indica, para una percepción inteligente y no-resentida de la ecuación mujer = verdad/Verdad, que la mujer, carente de profundidad, únicamente halla una para su superficie en la obediencia al hombre: al creador de la Verdad. Mediante el látigo, el hombre torna comprensible lo incomprensible, lo hace posesión, esclavo. En un lenguaje expresivo y contundente se está nombrando el mecanismo de producción de la Verdad. Afirmación de corte filosófico, aguda, antidogmática, que sólo puede llegar a oídos pequeños, nunca a las grandes orejas del feminismo.

"Suponiendo que la verdad sea una mujer -, ¿cómo?, ¿no está justificada la sospecha de que todos los filósofos, en la medida en que han sido dogmáticos, han entendido poco de mujeres?" (MBM Prólogo p. 17). La interpretación reza: Si la verdad dice que no hay verdad, si la verdad es aquella de que todo es apariencia, los filósofos, al



pretender la existencia de una verdad superior y única, han demostrado toda su ignorancia con respecto a la mujer, esto es, a la realidad. Su error ha consistido en desconocer el carácter por completo superficial de ésta, en creer que pueden penetrar lo que habría de ser su esencia. La ineptitud de sus medios no sólo se delata en el ejercicio de su violencia —la de estatizar la apariencia obligándola a tomar el rostro de la verdad—, sino en la enorme torpeza encarnada en ésta —la de elogiar a la mujer con palabras que no le agradan, pues no se avienen con su naturaleza: “simplicidad”, “eternidad”, “permanencia”, “orden”, “razón”, “profundidad”—. Y si con la belleza de la mujer, de la apariencia, aumenta su pudor<sup>13</sup>, esto se explica por su resistencia a la violencia propia del conquistador dogmático, que quiere desnudarla, dominarla y eternamente poseerla.

Equívoco del artista, que crea a la mujer de una costilla de su Dios, de su ideal. Es la inversión operada por el “eterno femenino”: dominar a la mujer, hacerla Verdad, para que luego ella domine desde su elevada altura. Dante, Petrarca, Goethe lograron que a la mujer se le mirara hacia arriba. Pero el “eterno femenino” se hace eterno aburrimiento de la fijación, y la mujer-apariencia, trocada en Verdad, bosteza junto a sus amigas: “¡Cómo vuela el aburrimiento más prolongado cuando un hombre se arrastra hacia nosotras!” (MBM §237). No quiere ser más reina; -anhela la valentía de un guerrero capaz de permanecer en la apariencia. Si lo que se ha pensado sobre el eterno femenino, a saber, que es una fuerza que arrastra e impulsa, “toda mujer un poco noble cree cabalmente eso de lo eterno masculino...” (MBM §236), es precisamente porque la mujer quiere obedecer, mirar ella hacia arriba. Pero esto no significa que anhele que se la estatice como Verdad. Pues es necesario distinguir entre la verdad del filósofo latigante, que sucumbe al peligro de caer en el dogmatismo, y la verdad que, también como mujer, supera el dogmatismo para reconocerse a sí misma como apariencia. El más grande momento de honestidad (para el filósofo, de liberación de su mala conciencia), lleva precisamente a la ecuación: verdad = apariencia. Y la pregunta latente que inquiere por los medios adecuados al relacionarse con esta mujer sólo puede hallar una solución en el mismo mundo de la apariencia: “... todo en la mujer tiene una *única* solución: se llama embarazo” (Z I p. 106) A este impulso procreador obedece gustosa la mujer y, para ello, al hombre, pues él es justamente el medio para lo que siempre es el fin: el hijo. La idolatría al amor que profesa la mujer es fruto de su astucia, hábil truco para satisfacer su finalidad de creación.

Uno de los nombres de la mujer-verdad es, “para decirlo en griego, Baubo” (CJ *Prólogo*, 4. p. 6), única palabra contenida en el fragmento 153 de Empédocles. En los Misterios Eleusinos Baubo es una mujer que simboliza el vientre. Su acto procreador consiste en sacar a Dionisos de los pliegues de su vestido, como exaltando, en el mundo de la superficie, la creación de lo creador mismo. Dar a luz, engendrar, crear: todo esto supone violencia. Pero la nueva violencia nace del reconocimiento de lo inagotable, de la superficie que carece de fondo. El filósofo-artista, conquistador de la apariencia, no creará ya para estatizar. En el nuevo enlace entre filósofo y verdad, lejos de toda rigidez, la misma promesa de matrimonio se aligera, deja de ser eterna. Le es dado hacerse por un tiempo, como una prueba, incluso como una posible



<sup>13</sup> Cfr. HDH parte VII: La mujer y el niño, §398-*pudor*.



<sup>14</sup> Cfr. HDH VII Parte: La mujer y el niño, §416 —A propósito de nuestra emancipación de las mujeres.

equivocación. A fin de cuentas, ¿qué significa el error cuando no hay Verdad? En el pleno mundo de la apariencia, se ha abierto el campo de la experimentación.

### 3. LA MUJER ODI A LA VERDAD

El pensamiento de Nietzsche abre una óptica enorme sobre la mujer. Le concede, además, la dignidad de hacerse término clave para la comprensión de la historia de la filosofía, desde la amplitud de relaciones que ella permite: con la Verdad, con la verdad, con la apariencia. El feminismo, discurso que se expresa intencionadamente como canto apologético de la mujer, sólo logra, por el contrario, rebajarla. No está a la altura de la historia, no sabe ni escuchar ni mirar, sigue perteneciendo al mal gusto del dogmatismo: contiene, en fin, una “estupidez casi masculina” (MBM §239). — Doble estupidez: la mujer científica (la no-mujer, la mujer que se niega a sí misma al mostrar un interés en la verdad y en su propia esencia) habla sobre la mujer en-sí (inexistente). Con este proceder, la mujer procura una degeneración de sí misma en aquello que le es antitético: la fealdad.

Dando por sentado que pertenecen a la mujer la apariencia y la belleza, también se ha de aceptar que “nada resulta más extraño, repugnante, hostil en la mujer que la verdad” (MBM §232). Incluso las mejores desprecian la ciencia secretamente, pues se saben superiores a ella<sup>14</sup>. Pero el feminismo, extraño y paradójico amante de la ciencia, grita la verdad sobre la mujer. ¿Cómo explica Nietzsche esta suerte de “contranaturalidad”? Sin dejar de sostener que a la mujer no le interesa la verdad, y llevado su pensamiento hasta el final, la respuesta es contundente: la presunta verdad sobre sí misma no constituye para la mujer más que otro *adorno* (MBM §232). —Lo cual no contradice la degeneración. El adorno, amigo de la apariencia, naturalmente potenciador de la belleza, no puede evitar brotar en la mujer. Pero bajo el feminismo, aun como adorno, se pervierte hasta su inversión: adorno que quiere ser tal, pero que, queriendo serlo como esencia, cae en el afeamiento al traicionar su propia naturaleza.

“¡Oh Europa! Es conocido el animal con cuernos que más atractivo ha sido siempre para ti, del cual te viene siempre el peligro! Tu vieja fábula podría volver a convertirse en «historia», — ¡la estupidez podría volver a adueñarse de ti...! Y bajo ella no se escondería un dios, ¡no!, ¡sino únicamente una «idea», una «idea moderna»!” (MBM §239) Europa jugaba con sus amigas en la playa, Europa era mujer, hasta que cayó seducida ante la rudeza de Zeus, quien, en forma de toro, la raptó hacia Creta. Allí ella engendraría al espantoso Minotauro. Europa, y con ella el mundo, se masculiniza y crea, no ya hijos hombres, no ya hijas mujeres, sino monstruos. Uno de ellos es la idea de la “igualdad de los sexos”: la mujer se ilustra, negocia, puede gobernar el mundo. A la masculinización encarnada por Monsieur George Sand (MBM §233), un digno preámbulo por parte de Kant: “El estudio trabajoso y la reflexión penosa, aunque una mujer fuese lejos en ello, borran los méritos peculiares de su sexo, y si bien la rareza de estas condiciones las convierte en objeto de fría admiración, debilitan al mismo tiempo los encantos que les otorgan su fuerte imperio sobre el sexo masculino. A una mujer con la cabeza llena de griego, como la señora Dacier, o que sostiene sobre mecánica discusiones fundamentales, como la marquesa de Chatelet, parece que no le hace falta más que una buena barba” (Kant, capítulo III, p. 45).

George Sand, la señora Dacier, la marquesa de Chatelet: la mujer pierde pudor. No quiere estimación sino rivalidad, no quiere procrear sino saber. La idea de la "igualdad de los sexos" simboliza una degeneración en la comprensión de la vida misma: ésta es impulso de creación y, para ello, tensión de lo opuesto, dominio y sumisión, lucha. Los términos que intervienen en este fluir hallan su expresión en la alegoría del hombre y la mujer: el primero manda, se redime de su esterilidad en el dominio sobre aquello que puede procrear; la segunda obedece, pues gracias a ello logra su más alto fin: dar a luz. Anular la diferencia equivale a anular el impulso de la existencia. Rebelarse contra la idea de que la mujer se someta al hombre como su posesión, es no comprender que en su ser esclava reside no sólo la condición para su perfección —la de crear—, sino justamente también su dominio —el de servirse para ello del hombre.

Más allá del feminismo, más allá de la metafísica y de todo dogmatismo, la mujer-verdad reconoce su naturaleza: ser apariencia. "Europa respira aliviada de su pesadilla y [...] le es lícito disfrutar de un mejor - sueño"<sup>15</sup>. Ahora la tarea de los herederos de la lucha contra el error de la mujer-Verdad es la de estar despiertos: mantener la conciencia de que todo es apariencia, de que la mujer-verdad odia la Verdad. Pues la mujer soporta la contradicción, el cambio, la adopción de diversos puntos de vista sobre ella, a la vez que aborrece el acto que, por el contrario, quiere volver a fijarla en una sola perspectiva. Nietzsche, en consecuencia con su concepto de la mujer, marca la apertura hacia un pensamiento al que le es dado ser femenino: libre de la necesidad de esencias, perspectivístico, creador en la buena voluntad de apariencia.

\* \* \*

Ciertamente se puede ver crudeza en el lenguaje de Nietzsche. Y, con cierto dolor, voces femeninas pueden objetarle de mil maneras: Nietzsche habla desde prejuicios, coincide con Kant en varios puntos, no sólo en esta coincidencia refleja la visión sobre la mujer propia del siglo XIX, habla con voz de hombre para oídos de hombres. Incluso puede apelarse al recurso sucio de indagar en su vida personal. Pero la lección fundamental que imparte su discurso sobre la mujer es la de la agudeza del pensamiento, capaz de llevar prejuicios y visiones históricas a la elocuencia de los conceptos. Para las mujeres, un halago, un notable adorno más. Finalmente, engalanada de esta forma, "¡calle la mujer acerca de la mujer!" (MBM §232)

#### BIBLIOGRAFÍA

##### Kant, Immanuel (1979)

*Lo bello y lo sublime: La paz perpetua*, Espasa Calpe, Madrid.

##### Nietzsche, Friedrich

(1980) *Humano, demasiado humano*: (HDH), KSA, vol. 2

(1999) *La ciencia jovial*, (CJ) Monteávila editores, Caracas.

(1972) *Así habló Zaratustra*: (Z) Alianza Editorial, Madrid.

(1972) *Más allá del bien y del mal*: (MBM) Alianza Editorial, Madrid.

(1973) *Crepusculo de los ídolos*: (CI) Alianza Editorial, Madrid.



<sup>15</sup> Ya se aclaró que la verdad metafísica era también un sueño (apariencia). Se estaría contrastando ahora este sueño anterior, pretendida vigilia de la verdad inconsciente de sí mismo como sueño, con la nueva conciencia de que todo es sueño